

## **El pobre como amenaza en la Posmodernidad**

Paola Bonavitta <sup>1</sup>

### **Resumen**

La posmodernidad ha generado diversos efectos en nuestras sociedades actuales. Uno de ellos, y quizás el más preocupante sociológicamente hablando, es la ruptura del lazo social y el resurgimiento de la anomia en los sujetos. El capitalismo y los neoliberalismos implementados en América Latina han arrojado cifras para nada alentadoras y, mientras son cada vez menos los exitosos de este sistema económico-político, crecen los menos favorecidos, aquellos que no encuentran lugares donde insertarse y que terminan convirtiéndose en "los otros", en los que generan temor y de quienes hay que separarse.

El "borramiento" que en la posmodernidad se impone sobre la función mediadora de la familia, cuya especificidad es establecer los primeros lazos afectivos y moderar, a través del discurso que en ella se origina, la violencia que la cultura ejerce sobre el sujeto, produce efectos devastadores. La violencia reaparece en sus formas más crueles, como destrucción del otro y, sobre todo, como autodestrucción. El desamparo se manifiesta no solo en el aflojamiento de los lazos afectivos, sino, por sobre todo, en la absoluta inconsistencia del sujeto para afrontar un modelo que se centra en los objetos y anonada el deseo.

En este ensayo se enfoca en los sujetos en situación de pobreza: los mecanismos de discriminación y de segregación a los que se exponen cotidianamente en este contexto de empobrecimiento constante.

**Palabras claves:** sujeto- pobreza- posmodernidad

### **Abstract:**

Postmodernism has generated different effects on our societies. One of them, and perhaps most worrisome sociologically speaking, is the disruption of social ties and the emergence of anomie in the subjects. Capitalism and neoliberalism implemented in Latin America have produced figures for not encouraging and, while they are becoming less successful in this economic and political system, growing the disadvantaged, those who can not find where to insert and end up becoming "the others ", which generate fear and who must be separated.

---

<sup>1</sup> Cargo académico: Becaria doctoral  
Institución a la que pertenece: CONICET- Centro de Investigaciones Jurídicas y Sociales  
Email: [paola.bonavitta@gmail.com](mailto:paola.bonavitta@gmail.com)

The "blurring" that postmodernism is imposed on the mediating role of the family, whose specificity is to establish the bond early and moderate, through the speech that it originates, the violence that culture has on the subject, produces devastating effects. Violence returns in its most cruel forms, such as destruction of the other and, above all, self-destruction. Helplessness is manifested not only in the loosening of emotional ties, but above all, in the absolute weakness of the individual to cope with a model that focuses on objects and overwhelms the desire.

This essay focuses on the subject in poverty: the mechanisms of discrimination and segregation to which they are exposed daily in this context of constant impoverishment.

**Key words:** poverty – postmodern - subject

## **El pobre como amenaza en la Posmodernidad**

En  pocas de posmodernidad, vuelve a tomar fuerza la preocupación durkheimiana de la ruptura del lazo social. La sociedad se ve atravesada por múltiples violencias que no contribuyen a la sociabilidad, todo lo contrario: aumentan las diversas violencias, los miedos, los estigmas. El otro se vuelve, ante la ausencia de sociabilidad, en una figura amenazante. Ese otro adopta múltiples caras: la del pibe chorro, la del pobre, la del piquetero, la del narcotráfico... La sociabilidad se reduce a los  rculos cercanos, primarios. Cada vez estamos más solos, cada vez somos más individualistas, aunque las teorías de la globalización se esfuercen en hablar de una sociedad global, interconectada, más igualitaria.

Es cierto que el sistema, que la estructura, invade cada vez con mayor vigor al mundo de la vida cotidiana (Habermas: 1988). Al mismo tiempo, también es cierto los lazos de solidaridad son rotos en épocas posmodernas.

En la posmodernidad se muestran los acontecimientos como anomalías sin consecuencias, que no dependen de ninguna ley. Eventos en los que coinciden causa y fin, hechos cerrados sobre sí mismos, ininteligibles. No hay modo de conceptualizar, la velocidad y cantidad de la información producen un abrumador efecto, donde el sentido escapa, huye de nuestra comprensión y donde pareciera ya no ser importante. En ellas faltan las líneas de unión que marcan la incidencia del tiempo en la producción de los sucesos. Aparecen rotundamente, de un solo golpe. La inmediatez de la catástrofe nos hunde en la indiferencia y la parálisis (Blanco: 2010).

Entonces, surgen nuevas preocupaciones en torno a las nuevas formas de violencia: violencia física, material, desempleo, precarización, drogadicción, alcoholismo, entre otras, se

enmarcan en la “crisis social y del sujeto”. El “borramiento” que en la posmodernidad se impone sobre la función mediadora de la familia, cuya especificidad es establecer los primeros lazos afectivos y moderar, a través del discurso que en ella se origina, la violencia que la cultura ejerce sobre el sujeto, produce efectos devastadores. La violencia reaparece en sus formas más crueles, como destrucción del otro y, sobre todo, como autodestrucción. El desamparo se manifiesta no solo en el aflojamiento de los lazos afectivos, sino, por sobre todo, en la absoluta inconsistencia del sujeto para afrontar un modelo que se centra en los objetos y anonada el deseo.

Se pueden observar fuertes procesos de fragmentación que en los últimos años caracterizaron a nuestros países. Fragmentación que recorre todos los sectores sociales, tanto aquellos que se caracterizan por una fuerte concentración del ingreso (sectores cada vez más enriquecidos y a su vez minoritariamente representados), como los marcados por procesos de empobrecimiento y exclusión social que no pueden satisfacer necesidades básicas vinculadas a la alimentación, a la vivienda, al trabajo, a la salud y a la educación así como también los sectores medios, pivotes de esta crisis que continúan perdiendo las garantías y derechos de las que gozaban generaciones anteriores.

Se pueden hallar múltiples formas de violencia sobre el sujeto y las subjetividades en la “aldea global”. Violencias invisibles, que no son tenidas en cuenta ni por los Estados ni por los medios de comunicación, encargados de difundir lo exitoso de las nuevas sociedades y de proliferar el consumismo aún en aquellos que desean aquello que no pueden conseguir.

Las salidas que se implementan ante este estado colectivo de anomia social provienen de organismos transnacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, que intentan paliar la exclusión mediante el incentivo de la búsqueda propia –mediante organizaciones y acciones colectivas- del capital social en los actores menos favorecidos.

Sin embargo, la exclusión sigue creciendo. La periferia social es cada vez más amplia y el grupo de los “individualistas positivos” continúa achicándose. Repensar estas situaciones diversas de violencia sería fructífero para hallar la forma de cohesionar a nuestras sociedades en una Posmodernidad que se presenta vacía de lazos sociales y en permanente estado de soledad.

### **América Latina: región pobre**

Según la CEPAL (2009) en 2008 la incidencia de la pobreza alcanzó a un 33,0% de la población de Latinoamérica, esto corresponde a 180 millones de personas pobres y 71 millones de indigentes, respectivamente.

La pobreza y la indigencia afectan a las áreas rurales de una manera más extensa que a las áreas urbanas. En 2008, el porcentaje de población pobre en las áreas rurales (52,2%) prácticamente duplicó a la tasa de pobreza urbana (27,6%). La indigencia presenta una

diferencia aún más pronunciada, ya que la incidencia en áreas rurales (29,5%) superó en más de tres veces a la urbana (8,3%). Estas cifras muestran asimismo que la mayor parte de la población pobre en las áreas rurales vive en condiciones de pobreza extrema, a diferencia de lo que sucede en las áreas urbanas (CEPAL: 2009).

Ahora bien, el alto grado de concentración de la población latinoamericana en las ciudades lleva a que la composición de la pobreza tenga un carácter eminentemente urbano, con un 66% de las personas pobres viviendo en esas áreas (CEPAL: 2009).

Cabe remarcar un rasgo sobresaliente de América Latina: la elevada heterogeneidad de la pobreza entre países. Los menores niveles de pobreza se registran en la Argentina (datos solo del área urbana), Chile, el Uruguay y Costa Rica, con tasas de pobreza inferiores al 22% y tasas de indigencia de entre un 3% y un 7%. Por su parte, el grupo de pobreza media-baja está constituido por el Brasil, Panamá y la República Bolivariana de Venezuela, en los que la tasa de pobreza se mantiene por debajo del 30% (CEPAL: 2009).

Por su parte, el grupo de países con niveles de pobreza media-alta incluye a Colombia, el Ecuador (datos del área urbana), México, El Salvador, el Perú y la República Dominicana, con tasas de pobreza de entre un 35% y un 48%. Los países con las tasas más altas de pobreza e indigencia, que superan el 50% y el 30% respectivamente, son Bolivia, Guatemala, Honduras, Nicaragua y el Paraguay (CEPAL: 2009).

Teniendo en cuenta estos datos, puede observarse la gran cantidad de excluidos que existen en América latina y lo que esto significa en la ruptura del lazo social y en la anomia en la que se encuentran los sujetos posmodernos.

La precarización y la marginalidad son dos fenómenos en aumento en sociedades como la nuestra. Y ello va de la mano con el aumento de la inseguridad, con la carencia de recursos educativos, laborales, de salud. La brecha entre ricos y pobres aumenta y, junto con ella, el temor al "otro".

### **Anomia y precarización**

El término anomia es un concepto que ha ejercido gran influencia en la teoría sociológica contemporánea (Durkheim: 1967). Se emplea en sociología para referirse a una desviación o ruptura de las normas sociales, no de las leyes (esto último es "delito"). La mayor presión conducente al desvío se da entre los grupos socioeconómicos más bajos y las conductas desviadas son: el crimen, el suicidio, los desórdenes mentales, el alcoholismo, etcétera. Se supone que la anomia es un colapso de gobernabilidad por no poder controlar esta emergente situación de alienación experimentada por un individuo o una subcultura, hecho que provoca una situación desorganizada que resulta en un comportamiento no social.

El sujeto posmoderno se enfrenta a un estado de anomia. Si bien se encuentran los "exitosos" del capitalismo y la sociedad globalizada –los menos-, también se hallan aquellos

que viven en constante marginalidad, excluidos del mundo del trabajo, de los  rculos afectivos y sociales. Son esos sujetos periféricos los grandes “perdedores” de la posmodernidad, los que ejercen la violencia hacia otros y hacia ellos mismos en respuesta a un mundo que nos los protege, no los enmarca y los obliga a situaciones de constante conflicto y soledad.

En tanto, Robert Castel asegura que hay una constante para todos los países occidentales –dominados por la mundialización– que termina en una consecuente violencia hacia el sujeto: la degradación de las garantías del empleo. Antes, la existencia de diferencias sociales no implicaba precarización alguna. Esas diferencias se podían regular mediante acuerdos, por ejemplo, la negociación colectiva. Ahora esas diferencias est n desreguladas. Por otro lado, la precarización hace que la solidaridad y los acuerdos intergrupos sean más difíciles por la heterogeneidad de los mismos. Eso implica un individualismo negativo. Finalmente, se produce un nuevo descubrimiento para la sociedad: los inútiles-normales, esos sujetos que ya no son integrables (Castel: 1995).

Así, podemos afirmar que los sujetos posmodernos se enfrentan a una nueva y problemática situación de violencia: los sujetos normales pero incapacitados por ser excluidos del mercado. Son sujetos que no necesitan, de entrada, un tratamiento psicológico, ni un programa de rehabilitación o de reeducación. Sin embargo, son rechazados por un mercado que pretende la exigencia, el individualismo. Así, el continuum entre los integrados y los excluidos está roto por efecto de la autonomización que ha tomado el mercado y que ha producido una ruptura con la tradición vigente.

En las sociedades actuales, el status, los roles y las organizaciones e instituciones se ha diversificado y se han hecho cada vez más complejos.

La Posmodernidad lleva a las personas a comportarse de manera aut noma y como si fueran artífices de su propio destino, lo cual ha debilitado los lazos sociales. Aún cuando las personas no tienen las capacidades para responsabilizarse de ellas mismas, las nuevas sociedades han aplicado un individualismo –impuesto desde las elites del poder-, el cual es un mecanismo más de las lógicas de exclusión.

Este individualismo negativo, impuesto, es una clara manifestación de la anomia por la que atraviesan las sociedades posmodernas. La exclusión del sujeto, la imposición de marcos individualistas donde el éxito se plantea como individual y donde la responsabilidad parte y termina en el mismo sujeto, es una fuerte forma de violencia simbólica sobre los más desprotegidos.

Hay un achicamiento de las formas de participación y representación, que le impiden al individuo insertarse socialmente y generar distintos capitales. Los grupos que existen son fluctuantes, plurales. No hay compromisos impuestos, el grado de compromiso social es el mismo que el sujeto desee establecer porque, en tiempos de la crisis del lazo social, solo

existen participación voluntaria en los grupos sociales. La membresía, las reglas de agrupamiento han desaparecido.

Así, aumenta el aislamiento en sociedades masificadas y se cumplen los temores de Durkheim de una sociedad sin cohesión social. Para Castel existe un individualismo excluyente que socava las posibilidades del bienestar mínimo (Castel: 1995).

Aquí nos interesan las violencias que sufren los pobres, los marginados de un sistema que premia a los exitosos y categoriza a los pobres como "otros". Los excluidos de la sociedad son parte de un Estado que no los representa, que está ausente en sus derechos de ciudadanos. Si bien el principio de igualdad política está incorporado en la ciudadanía y en los derechos de participación, son una especie de promesas vacías.

### **La mirada sobre el "otro"**

Históricamente la desigualdad, la discriminación y la violencia social organizadas a partir de relaciones de poder, en tanto modos de acciones que unos seres humanos ejercen sobre otras acciones, sobre otros sujetos actuantes –individuos, grupos o colectividades– han constituido una forma de estructuración de las sociedades que ha traspasado fronteras geográficas, épocas históricas y culturas diversas (Foucault, 1979).

Por otra parte, la cultura es un concepto indisoluble de la idea de otredad. En efecto, "toda cultura supone un nosotros que constituye la base de las identidades sociales. [...] todo nosotros supone un otros, [...] la otredad es una condición normal de la convivencia social y base de toda identidad colectiva" (Margulis: 1999). Entonces, la otredad alude a un concepto relacional: los términos "nosotros" y "ellos" sólo tienen sentido dentro de su oposición mutua; la posibilidad de oponer un nosotros a un ellos es lo que permite explicar la identidad. Así, el trazado de unos límites lo más precisos posibles, que no dejen lugar a las ambigüedades, constituye una preocupación para los habitantes de una sociedad (Bauman: 1990).

Ahora bien, el reconocimiento de una otredad, en tanto diversidad, no supone necesariamente la adjudicación de características negativas a ese otro. En realidad, "[...] el grado de otredad que se adjudica, de extrañeza y, principalmente, la carga afectiva y la actitud apreciativa con que nos relacionamos con la otredad social en general y con determinados otros en particular varía la distancia que nos separa del otro" (Margulis: 1999). Así, habría diferentes grados de otredad y diferentes modos de procesarla.

Por otro lado, es necesario aclarar que muchas veces los modos de vida de las sociedades modernas, imponen dificultades en el trazado de estas líneas divisorias entre el nosotros y ellos, división que sería preconceptual, generando una serie de malestares; y esta indefinición puede ser percibida como amenazante ya que no se sabe cómo reaccionar ante ella (Bauman, 1990)

Así, ante la ausencia de sociabilidad, la otredad se vuelve amenazante. Sería importante que nos preguntemos por la sociedad al estilo durkheimiano; es decir la sociedad estructurándose. Es necesario, en épocas de crisis del lazo social, que preguntarnos por la sociabilidad.

Los pobres están bajo enormes presiones que los empujan en varias direcciones (...) viven en una sociedad represiva que les ofrece escasos servicios sociales y en la cual algunos incentivos aparentes, como la educación, conducen a una patética desilusión (Reguillo: 2007).

Lo que hoy enfrentamos como sociedad es no solamente la tensión histórica entre el pacto de jure (socialmente acordado) y el poder de facto (el de los individuos aislados o en grupo), sino la crisis del pacto social, que es incapaz de seducir –en términos gramscianos- a los ciudadanos con su capacidad de inclusión (Reguillo: 2007)

CEPAL está documentando la diferencia de oportunidades. Aumentan las oportunidades pero disminuyen los accesos. Esa es la paradoja y es, al mismo tiempo, un efecto político terrible.

Según Reguillo, los siglos de la historia acumulada parecen haber sido insuficientes para superar el miedo al otro (Reguillo: 2002)

Mediante la socialización, el individuo debe aprender a identificar y a discriminar las fuentes de peligro, debe aprender a utilizar y a controlar sus propias reacciones y, especialmente, debe incorporar un conjunto de saberes, de procedimientos y de alternativas de respuesta, ante las distintas amenazas percibidas. Así, lo que para una persona puede representar una amenaza, para otra puede pasar desapercibida (Reguillo: inédito). El miedo es una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida.

Los sujetos aprenden los miedos mediante la culturización y dotan de contenidos específicos a esos miedos. Asimismo, responden a ellos de acuerdo a lo que se espera culturalmente de él (Reguillo: inédito). Es por ello que Reguillo afirma que las diferencias culturales son elementos constitutivos del miedo.

De esta manera, los pobres se han convertido en una especie de chivo expiatorio de los miedos. Se los personifica como posibles ladrones, asesinos, peligrosos debido a su carencia de necesidades básicas.

Los pobres llegan a constituirse como una suerte de entidad incierta, contaminada y peligrosa.

El mundo sigue organizado en polos opuestos que se excluyen y niegan el uno al otro, la identidad del polo dominante se instaura por encima de lo excluido, perseguido y devaluado social e históricamente. Se legitima la persecución violenta, la denigración y la destrucción implacable del otro, del diferente, del extranjero en tanto objeto no humano y no racional. Este es el destino de los pobres que viven en condiciones infrahumanas, de los “locos” y

“delincuentes” que protestan a pesar de la propia desintegración, de los niños y jóvenes que son irrespetados por no ser adultos o sea seres “racionales” y por supuesto de las mujeres, símbolos de una síntesis entre lo deseado y lo temido. Pero también de todas aquellas minorías, grupos o colectividades que se diferencian de la racionalidad blanca y masculina: grupos étnicos humillados y masacrados históricamente, como los negros, indígenas, mulatos y mestizos. Así como los homosexuales, los intelectuales, los artistas, líderes populares y todos aquellos que de una u otra forma ejercen algún tipo de resistencia.

Por otra parte, las ciudades latinoamericanas se han ido construyendo de manera tal de delimitar un centro y una periferia, tal como había marcado la división internacional del trabajo en el siglo XVII. Las ciudades han logrado dejar en el centro a los sectores que tradicionalmente ocuparon lugares de poder. Pero también se ha construido una periferia inclusiva y una periferia excluyente. En los márgenes de las ciudades se pueden encontrar countries, barrios cerrados, privados, exclusivos; pero también se hallan las villas de emergencia, favelas, colonias marginales, barrios marginales, “ciudades perdidas”... en fin, ghettos de pobreza y marginalidad, donde la necesidad, el hambre, la informalidad laboral o, directamente, la carencia absoluta de trabajo, se instalaron y amenazan con no irse jams .

 Hacia dónde van aquellos que habitan en las ciudades perdidas?  Qu  esperan quienes ven pasar diariamente frente a sus narices el rostro de la necesidad, del hacinamiento, del hambre, de la miseria?  Qu  hacen los otros, los incluidos, por aquellos que est n afuera del sistema? Todo parece indicar que se alejan aún más. Se encierran en sus countries, en los barrios privados, alejados y cerrados, para no enfrentarse con el rostro de la pobreza, para no chocarse con el “enemigo”, con aquel posible agresor, con aquel rostro que le representa la inseguridad.

Lo cotidiano, en el marco de la ciudad, se teatraliza: cada uno de los actores –al mejor estilo de la dramaturgia de Goffman- juega su papel, aquel que creó para relacionarse con los otros. La periferia incluida se comporta como un círculo elitista, que teme acercarse –y, de hecho, no se acerca- a la periferia excluida: siente temor, inseguridad, son los portadores de los rostros del hambre y la miseria, es decir, de aquello que no quieren ver, que prefieren ignorar, pues, al fin y al cabo, terminan naturalizando la diferencia entre ricos y pobres.

La periferia excluida, por su parte, anhela las casas en las que habitan los incluidos, sus autos, sus escuelas, su ropa... anhelan sentirse incluidos. Los excluidos se mueven fuera de todo marco, de toda red. No encuentran contención ni en el gobierno, ni en los educadores, ni en los vecinos, ni en sus territorios, que se han vuelto tierra de nadie, donde vale todo con el fin de sobrevivir.

Unos y otros no se cruzan entre sí. En épocas medievales e incluso durante la Conquista, las distintas clases sociales se conocían los rostros mutuamente: el esclavo y su amo tomaban contacto entre sí; éste último miraba a la cara de su lacayo para impartirle

órdenes. Hoy por hoy, esta situación es diferente: unos y otros se alejan, no se encuentran, no concurren a los mismos sitios, ni consumen la misma comida ni la misma ropa, ni les gusta la misma música. Sus matrimonios se realizan en diferentes iglesias, sus hijos van a distintas escuelas, luego, algunos hijos van a la universidad, mientras los otros ven como la suerte patea hacia otro lado.

La distancia entre grupos, entre clases sociales, es cada vez más inmensa. Se estigmatiza al “otro”, al que no encaja, al que no se incluye. Y ese otro debe recurrir a distintos recursos para poder sobrevivir, para permanecer en la jungla de cemento. En la ciudad impera “la ley del más fuerte”.

La ciudad produce diversos sentidos en quienes la habitan: una cultura de extrañamiento y anonimato que podría llevar a una sensación liberadora, pero también a la anomia propia de aquel que no pertenece al grupo de los “exitosos”, de los “triunfadores” del capitalismo.

Según señala Halliday, una ciudad es “lugar de conversación; está erigida y se conserva unida por el lenguaje; sus habitantes no sólo gastan parte de sus energías comunicándose, en su conversación siempre reafirman y reforman los conceptos básicos mediante los cuales se define la sociedad urbana. Si se escucha la voz de la ciudad, se oyen referencias constantes a las instituciones, al tiempo y a los lugares, a los modos de movimiento y a los tipos de relación social característicos de la vida urbana” (Halliday: 1982).

En esa conversación de la que habla Halliday (1982), se intercambian y construyen significados, se interpreta y reinterpreta, se fijan sentidos. Esta unidad cohesionada por el lenguaje se define como “comunidad lingüística”, lo que implica, según Halliday, un “grupo de personas que (1) están ligadas por alguna forma de organización, (2) se hablan las unas a las otras y (3) se hablan de manera semejante” (Magadán: 1994).

En tiempos posmodernos, la ciudad entendida como un territorio lingüísticamente homogéneo, ha comenzado a desintegrarse: en el contexto “mundializado” actual, la configuración de las grandes urbes responde a nuevos procesos sociales que nos hablan de una complejidad socio-cultural sin precedentes.

Las ciudades, de esta manera, han marcado sus diferencias internas. Según explica Gellner, “en una sociedad relativamente estable es posible –y muy común– establecer legalmente, e imponer ritualmente o de otra manera, distinciones de status pronunciadas que convierten a las personas en clases básicamente diferentes de hombres. Una desigualdad radical y conceptualmente internalizada es factible y hasta se la practica con frecuencia” (Gellner: 1993). La desigualdad en términos socioeconómicos se construye como diferencia; la diferencia cultural se reafirma en la desigualdad estructural. Invisibles o estigmatizados, los pobres y los extranjeros son el “afuera” de la comunidad “legítima” (Papalini: 2007). Y la comunidad “legítima” huye del encuentro con el otro, con el “ilegítimo”, ya sea por temor, por

marcar la diferencia, por no “mezclarse”, por convicción, entre otras variables que estimulan la separación, cada vez más pronunciada, entre clases y grupos sociales claramente diferenciados. Así, la ciudad se revela como espacio de simbolización en tensión permanente, que debe reconocer a la pluralidad cultural y a las múltiples diferencias que construyen el tembloroso horizonte de sentido postmoderno.

### **A modo de cierre**

En el marco de la trama urbana, circulan los incluidos y los excluidos de los cuales hemos venido hablando. Los excluidos forman parte de aquellos que son explotados, que se convierten en la contracara de la circulación libre e infinita de mercancías. El contrato de trabajo entre hombres libres e iguales oculta la explotación al mismo tiempo que es la forma necesaria que adquiere en el modo de producción capitalista, en los Estados “modernos” burgueses.

Cuando se niega a los excluidos, a los marginados, cuando se asume que todos los ciudadanos son iguales, se ignora que solamente se está hablando de una igualdad política que ha de cumplirse bajo rigurosas condiciones de abstracción de las desigualdades reales.

Mientras circulan las mercancías y las ciudades se preparan para recibir a más incluidos, cuerpos abyectos permanecen ocultos tras la circulación de mercancías y bajo las fuerzas de un poder que apunta a unos pocos.

Para Martín Barbero (1993), la modernidad latinoamericana se hace experiencia colectiva de las mayorías sólo merced a dislocaciones sociales y perceptivas de cuño posmoderno; una posmodernidad que en lugar de venir a reemplazar, viene a reordenar las relaciones de la modernidad con las tradiciones, que es el ámbito en que se juegan nuestras diferencias, esas que, como alerta Piscitelli (1988) ni se hallan constituidas por regresiones a lo premoderno, ni se sumen en la irracionalidad por no formar parte del inacabamiento del proyecto europeo. “La posmodernidad consiste en asumir la heterogeneidad social como valor, e interrogarnos por su articulación como orden colectivo” (Lechner: 1988).

Las ciudades actuales en América Latina son un fiel reflejo de sus sociedades: la brecha cada vez mayor entre ricos y pobres haciéndose visible en sus construcciones, estilos de consumo y costumbres urbanas; la separación social y el no-encuentro con el otro, configurando la desigual formación moderna-posmoderna de la trama urbana.

El temor al otro es uno de los principales dispositivos instituidos para encauzar el miedo que termina transformándose en otra pasión: el odio. “Se odia lo que nos amenaza. El miedo es capaz de movilizar fuerzas afectivas”, asegura Reguillo (Reguillo: inédito). De esta manera, se construye otro a imagen y semejanza del miedo, un “otro” capaz de ser culpado de los males que aquejan a una sociedad.

La pobreza es asociada a la delincuencia. Nunca antes los ricos se habían separado tanto de los pobres. En las ciudades coexisten unos y otros, pero no se cruzan. La masiva formación de barrios privados hace que los extremos no se acerquen, no se miren: "sé que están pero pretendo que estén lejos", es la premisa.

Las relaciones sociales se deterioran, desaparece la organización social «moderna» y la identidad se refugia en lo comunitario y el presente inmediato.

En este marco de fragmentación social, la sensación de inseguridad se generalizó e impactó con contundencia en la vida cotidiana, reformulando o readaptando hábitos, conductas, prácticas rutinarias. Sobre este contexto de fragmentación social, impactan los formatos mediáticos de construcción de delito y configuración de un "otro amenazante", "sospechoso".

En esta conjugación de amenaza y pérdida que experimentaron vastos sectores de la sociedad, se puede leer una tendencia a la regulación de los espacios, el constreñimiento simbólico de la territorialidad, la disminución de los lugares y entramados de sociabilidad. Y es justamente la sociabilidad lo que habría que repensar en estos momentos de crisis.

La exclusión social sumada a la prédica individualista generó una desafiliación (Castel, 1995) y además la mayoritaria existencia de "inútiles para el mundo", supernumerarios rodeados de una cantidad de situaciones caracterizadas por la precariedad y la incertidumbre del mañana. Los pobres siempre han vivido en la inseguridad y en el miedo, pero ahora producto de una guerra social que desataran los grandes grupos económicos que han producido una sociedad tremendamente polarizada, aparecen ciertas formas de resistencia larvada de los sectores desposeídos que atacan a sectores de clase media y alta.

Existe un creciente individualismo disfrazado de tolerancia aparente. Las ciudades se encuentran fragmentadas así como las sociabilidades. Se trata de un sistema en riesgo, con un equilibrio precario que obliga a repensar la sociabilidad, la crisis del lazo social, la anomia creciente y el autoritarismo vigente en nuestras sociedades.

Se habla de un reflote de la ciudadanía, pero la concepción restringida a derechos y obligaciones resulta insuficiente para pensar la complejidad y multidimensionalidad de relaciones y articulaciones en el mundo globalizado (Reguillo: inédito).

El panorama no es alentador: la brecha entre ricos y pobres aumenta en nuestras sociedades latinoamericanas, los miedos son cada vez mayores, la discriminación apunta a un número cada vez mayor de "otros", el Estado se vuelve más punitivo y la sociedad apunta a reclamos autoritarios.

En América Latina, los testimonios cotidianos que evidencian su irrenunciable búsqueda de una sociedad más inclusiva y democrática se estrellan contra el creciente deterioro económico, la incertidumbre y la fuga del futuro. El debilitamiento de los mecanismos de integración tradicional (la escuela y el trabajo, centralmente) aunado a la crisis estructural y

al descrédito de las instituciones políticas, genera una problemática compleja en la que parecen ganar terreno la conformidad y la desesperanza, ante un destino social que se percibe como inevitable (Reguillo: 2000).

En el caótico paisaje político y social que nos desvela, conviene tener en cuenta la pregunta acerca de quien o quienes están socializando para la vida; donde los espacios inclusivos que den un lugar a la diversidad; donde los procesos articuladores que integren en la esfera pública las diversas voces y esfuerzos cotidianos. Según Reguillo, reconocer la densidad (y la complejidad) de un tejido social conformado por una multiplicidad de colectivos que están dinamizando día a día la sociedad, requiere estudiar las formas organizativas que "desde abajo" plantean propuestas de gestión y de acción, aunque estas escapen a las formas tradicionales de concebir el ejercicio político y a sus escenarios habituales. Repensar la estructura social frente a estas crisis múltiples y sortear los canales de exposición a los miedos y a la mirada amenazante hacia el otro parece ser la meta en el complejo escenario posmoderno. Evaluar fracturas, tensiones y los papeles que cumplen los distintos actores sociales para poder transformar el estado de anomia vigente parece ser la clave actual.

## **Bibliografía**

- Bauman, Zygmunt (1990) *Paradoxes of Assimilation*. New Brunswick: Transaction Publishers.
- (1990) *Thinking Sociologically. An introduction for Everyone*. Cambridge, Mass.: Basil Blackwell. ISBN 0-631-16361-1
- Castel, Robert (1995) *La metamorfosis de la cuestión social*. Gallimard. París.
- Castoriadis, Cornelius 1993. "Las significaciones imaginarias sociales", en *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- CEPAL (2009) *Panorama social de América Latina 2009*. Capítulo I.
- De Certeau, Michel 1986. "Prácticas del espacio", en *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Durkheim, Emile (1967) *De la división del trabajo social*. Schapire Editor. Buenos Aires.
- (1973) *La educación moral*. Schapire Editor. Buenos Aires.
- (1974) *El suicidio*. UNAM. México.
- Foucault, Michel (1979-1988), "El sujeto y el poder", en Dreyfus, H. y Rabinow, P., Michel Foucault, *Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México D.F., Universidad Nacional Autónoma.

- García Canclini, Néstor (1982) *Las culturas populares en el capitalismo*, México, Nueva Imagen.
- Giddens, Anthony (1993) *Consecuencias de la Modernidad*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Habermas, Jürgen (1989) *El discurso filosófico de la Modernidad*. Taurus. Madrid.
- (1981-1990), *Teoría de la acción comunicativa*, Vol. 2, Madrid: Taurus.
- Halliday, M.A.K. [1982] "El lenguaje en la sociedad urbana", fragmento de *El lenguaje como semiótica social*. En: MAGADÁN, Cecilia (comp.). *Blablablá. La conversación entre la vida cotidiana y la escena pública*. Buenos Aires: La Marca, 1994.
- Martín Barbero, Jesús (1993) *La comunicación en las transformaciones del campo cultural*. Revista *Alteridades*. Número 3. Universidad Nacional Autónoma de México. México.
- Lechner, N. (1987) "La democratización en el contexto de una cultura postmoderna", en *Cultura política y democratización*, Santiago de Chile, FLACSO.
- 1988. "Un desencanto llamado postmodernidad", en *Punto de vista*, núm. 33, Buenos Aires.
- Reguillo, Rossana (2000) *Estrategias del desencanto. Emergencia de culturas juveniles*. Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación. Editorial Norma. Buenos Aires.
- (2000) *El otro antropológico. Poder y representación en una contemporaneidad sobresaltada*. Análisi. Quadern de comunicació i cultura Nº 29, Antropología de la comunicación. Universitat Autònoma de Barcelona. Barcelona.
- (2002) *El otro antropológico. Análisi 29*. Universidad Autónoma de Barcelona. Bellaterra.
- (2005) *Utopías y heretopías urbanas. La disputa por la ciudad posible*. En Mónica Allende Serra (org), *Diversidad cultural y desarrollo urbano*. Sao Paulo. Editorial Iluminuras/Arte Seim Fronteiras.
- (2007) *La mara: contingencia y afiliación con el exceso (repensando los límites)*. En José Manuel Valenzuela Arce, Alfredo Nateras, Rossana Reguillo Cruz (coord.) UAM/COLEF. México.
- (inédito, capítulo en revisión): *La marca del miedo. Brevísima historia de su linaje*.
- Svampa, M. (2000) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Biblos. Buenos Aires.